

A qué voy yo al campo

Los tiempos viejos y los nuevos tiempos

Dedicado a mi amigo Anthon.

Viejos recuerdos.

No van todos al monte con el mismo espíritu ni con los mismos fines.

De escolares, íbamos domingueramente, o haciendo *calva* mediante falsos recados al maestro, íbamos sin otra intención que la de coger grillos, o buscar nidos.

Unos con un *atxur* en el *kolko*, para hacer *la torta* alrededor del *bujero* de los grillos tercós a la bareta, porque entraron de culo y nos veían operar. Otros, los que no poseían instrumentos de labranza, iban dispuestos a emplear atinadamente el procedimiento para aquellos ortópteros, que tampoco se dejaban convencer por las razones del cosquilleo y hurgamiento trigeminal y hemorróidico.

Y casi todos llevábamos queso, o fruta barata, y pan de otana, que se repartía fraternalmente entre los desheredados, algunos de los cuales nos llegaban a pedir el *trunchu* de las manzanas o la corteza del *Holanda* falsificado o del blanco *sin sibilisar*, para así hacerle durar más a la merienda chupando y royendo estos pellejos y *ondakines*.

Ibamos cantando y saltando, y a veces morradeando.

Después volvíamos, los domingos para *la oración*, y los días de semana para la hora de la salida del colegio, con la *txapela* y la cabeza llena de grillos concertistas, que, al hallarse en lugar tan oscuro y estrecho, y a veces ya conquistado anteriormente por otros bichitos sin élitros, pero *con las patas en la cabeza* («¿Cuál es el animal que anda con las patas en la cabeza?», dice el acertijo), producían a ratos ese largo *kirrrrr*, característico del insulto grillil, y mordían mientras tanto el cabezómetro, en el que el pelo ralo y puntiagudo sustituía al sedoso césped de la plaoletilla grillera.

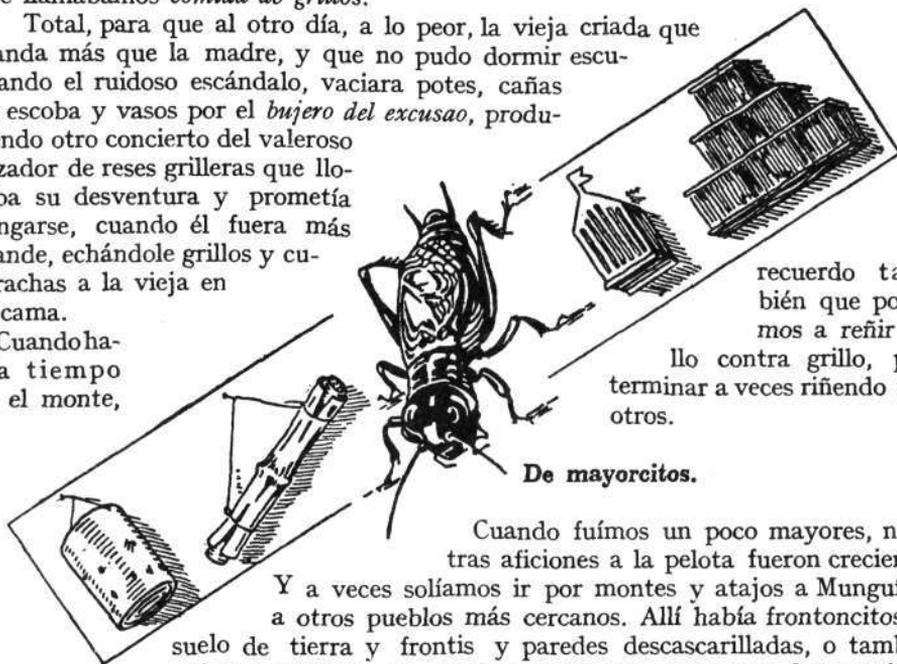
Si había algún río o arroyuelo utilizable, fingíamos nadar en él, y limpios de cuerpo, —aunque no de culpa, ya que frecuentemente las peras y manzanas, higos y ciruelas del cercado ajeno, sufrían nuestras desbarajustadas e inaprensivas irrupciones con desesperación del aldeano

que tiró, tiró la piedra,
y no nos alcanzó—;

y ya limpios y *limpiadores*, digo, volvíamos a casa para llenar con grillos los vasos y *piperpotes* tomateros, tirando en ellos las flores amarillas que llamábamos *comida de grillos*.

Total, para que al otro día, a lo peor, la vieja criada que manda más que la madre, y que no pudo dormir escuchando el ruidoso escándalo, vaciara potes, cañas de escoba y vasos por el *bujero del excusao*, produciendo otro concierto del valeroso cazador de reses grilleras que lloraba su desventura y prometía vengarse, cuando él fuera más grande, echándole grillos y cucarachas a la vieja en la cama.

Cuando había tiempo en el monte,



recuerdo también que poníamos a refír grillo contra grillo, para terminar a veces riñendo nosotros.

De mayorcitos.

Quando fuimos un poco mayores, nuestras aficiones a la pelota fueron creciendo. Y a veces solíamos ir por montes y atajos a Munguía y a otros pueblos más cercanos. Allí había frontoncitos de suelo de tierra y frontis y paredes descascarilladas, o también existían pórticos de baches, columnas y bancos desventajosos siempre para el desconocedor de sus efectos y sus ventajas. Luchábamos contra los mejores. Y así los aldeanos nos dejaban sin cuartos y con hambre. Menos mal que las fuentes y manantiales nos esperaban amorosas y desinteresadas.

Nos ganaban y arrebañaban el realito dominguero y los ahorrillos de la semana, agenciados por cuadernos y libros que no se compraban.

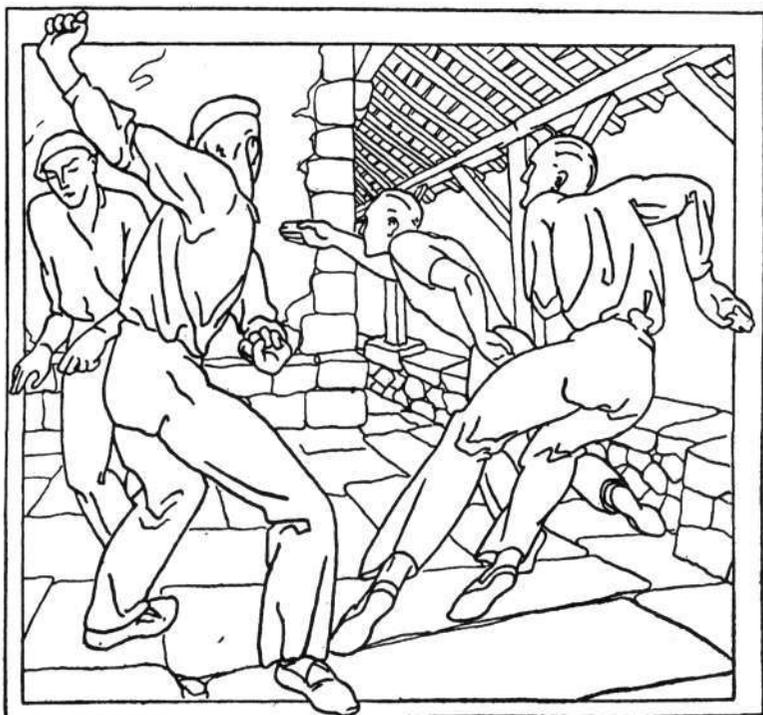
Hacíamos después minucioso balance investigando los bolsillos, y día fué en que nos quedó una perragorda para un panecillo de cuatro *curruscus*, que nos los repartíamos entre seis.

Y retornábamos bastante alegres y ligerillos, consolándonos con el pensamiento agresor de que, si les cogiéramos a nuestros antagonistas en el frontón entonces abierto de Zabalbide, o en el rebotillo de Begaña, les ganaríamos *fácil* con la zurda.

Amigos de mi quintada: Ahora todos se quejan de crisis y de otros embustes, y los chicos de hoy tienen cinco o diez duros para hacer expediciones en auto y

volver a casa, casi, o enteramente mareados del... viaje, echando pestes contra el árbitro que *nos robó tres goles*, o contra la taberna o restaurant, que nos robó ocho pesetas dándonos una comida escasa, cara y mala. Y recordaréis, *correlegionarios*, que en nuestros tiempos se comía por catorce reales hasta *errementar*.

Recordaréis también que antes nos daban uno o dos reales para los domingos, y no sacábamos más ni estrujando, ni con protestas y pataleos, porque nos decía



nuestra señora madre: *Dinero: para visios sólo es. Ya tenéis en casa comida: ¿para qué más?* ¡Y dicen que estamos hoy en crisis!

Prosigamos.

Aquellas audaces expediciones pelotófilas, que, como dejo dicho, terminaban generalmente sin perras y con hambre, las alternábamos, despertados por el despertador de vals, volviendo por los senderos poéticos y paternales a las romerías de los pueblos, y, cuando no había romería, salíamos algunas veces, muy de noche, con nuestras jaulas en la mano, pote de liga, botella de agua, y papel de ceniza, por Archanda, etc., para conquistar a tiempo los buenos puestos de crías de jilguero de Lezama y Larrabezúa (de las del *pinkío*), de Urdúliz, Berango y Butrón (de las del *trifolio*), para, después de tan dura caminata, volver a veces llenos de hambre y sueño, rojos de sol, y con ninguna cría, o con alguna que a veces resultaba Margarita.

Aquí, en Ondárroa, salen los niños a las heredades de la vecindad. Y cuando viene el aldeano o los forales, corren con la jaula ventanera, y el branque o rama al

hombro, que está de tal modo entutado y envaretado, que las varetas no caen, y así luego pueden acampar en cualquiera otro lado de menor peligro.

A qué voy ahora al monte.

Yo sigo yendo al monte y al campo como cuando niño. Voy al monte a jugar y a gozar. Y me gustaría ir rodeado de niños sanos y, por consiguiente, traviesos, y jugar al corro y al marro con ellos, y sentirme sólo alegre como ellos bajo el influjo superior, paternal y amigo de nuestros bosques, fuentes y cúspides rocosas.

Voy a por grillos, a por pájaros, a por florecillas silvestres y modestas, a por olvidos, a por emociones las más puras.

Pero estoy en el monte sintiendo más fuertemente la verdadera poesía, la que no consiste sólo en renglones y consonancias muy armoniosas bordadas en el papel tras los cristales oficinescos picados de moscas que pugnan por romperlos.

Ayer teníamos el alma más saltarina e inquieta, y más trepadora de árboles con nidos o sin ellos, un alma más en marcha hacia lo desconocido. Hoy la tenemos para pararnos en lo que ya hemos visto sin detenernos, más para reflexionar y vivir de los recuerdos, sin



jilguero son mis pájaros predilectos, quizá porque he llegado más a compenetrarme y a comprender sus frases de amor y de queja, y porque sus cantos se me figura que huelen más a sol, a crepúsculo y a campo nuestro.

Voy también a oír cantar a los jilgueros, a las malvices y a los pardillos para ir más aprendiendo su expresivo y práctico diccionario. Y así conozco todas las contraseñas, kulfos, dobles y rechíos especiales, conozco sus dialectos y subdialectos que me permiten después, cuando los oigo cantar en las jaulas ventaneras, saber en qué lugar nacieron, vivieron y cantaron.

Y voy a admirar la sabiduría de los insectos, de las hormigas, de las arañas, de los mosquitos que pican las hojas de cierto arbusto en una de sus venas propicias y depositan allí su huevo, y esa picadura produce luego una excrecencia que se desarrolla justamente para proteger maternalmente al huevecito hasta su adolescencia, dejando un agujerito por donde a su tiempo sale el mosquito a ver la luz solar y la vida libre en el momento preciso en que la hoja va a perder su lozanía, a secarse y a caer.

Voy, en fin, al campo, a oír los conciertos impentagramables de toda la naturaleza que calla y canta, extasiada de amores, especialmente al caer la tarde.

Y quien va con este contenido y este anhelo espiritual al monte, creo que tiene que experimentar una gran suma y solidez de goces incomparables.

apenas otra exigencia para el porvenir, la de estar como hoy estamos en calidad de viejos-niños.

La vejez nos ha hecho ser más *bersolaris*, como receta que no permite en nuestra alma la entrada de la vejez voluntaria.

Voy al campo a admirar las florecillas silvestres en todos sus menores detallitos de dibujo y de matiz. La malviz y el

Mi bandera.

Mi cachava es la de acebo nudoso (gorosti) cortado y labrado por mis propias manos y que me recuerda lugares jilgueriles abruptos.

Mi mejor amigo es un perro, o un niño-hombre u hombre-niño.

Y mi bandera de campo es la rama de ese acebo, de frutos rojos como la sangre,



y de hojas siempre verdes y orladas de agresivas espinas contra el enemigo malo,

Y en días de libertad alegría, coloco esa ramita en la solapa de mi chaqueta. y, a la hora de comer, la introduzco en la boca de la botella de sidra o *txakolí* como para presidir la mesa y como símbolo y expresión de su eterna verdura y de su historial salvaje que creemos se hermana algo con nosotros.

Y si llego alguna vez hasta la cima de la montaña, es para contemplar y enviar los vuelos majestuosos del buitre proyectando su sombra en la peña, mirando

inquieto y como protestando de que el hombre invada sus dominios. Y miro al barranco, y me miro pequeño en los hombres que allí, pigmeos como hormiguitas en pie, se agitan entre sombras de hollín, de cal hidráulica y de afanes inmoderados de riqueza y preponderancia.

Y luego desciendo contento y como hinchado de optimismos. Y al ir a dormir, o cuando tengo un disgusto de hombres, recuerdo esas horas de monte y de aire puro, como divino específico de olvido y de salud.

La Religión de la Montaña.

Siempre en la historia de todos los pueblos y de todas las religiones la montaña fué algo sagrado.

Hoy que tengo medio siglo y más de edad, el monte y las cosas del monte constituyen para mí como una religión. El monte es el gran templo, y en su cima, aireada, se está más cerca de Dios. Luego, al bajar las aguas de sus manantiales, se embarran, se ensucian y se infectan.

Tiene el monte en su grandeza mucho que ver y que admirar con siempre renovadas emociones. En los pájaros y flores, árboles, fauna y zoología, flora, agromía, mineralogía, toponimia y etimología derivada de las denominaciones históricas de los caseríos y lugares, etc., encontraremos entretenimiento sobrado y sobrada enseñanza para nuestros cuerpos y para nuestras almas.

Tenemos que hacer de la Montaña un Ideal. Tenemos que escribir los principios, los dogmas y el programa de ese Ideal. Que la Montaña no sea jamás profanada por la barbarie y la blasfemia.

Y después de llevar este Ideal bien *adrento*, hay que ir al monte a jugar, a gozar como niños y como hombres; no como atletas sólo, sino muy principalmente como poetas, que saben o no saben escribir versos, a escuchar las

..... intrépidas canciones
de arte, de armonía y de belleza,
de amor, de lealtad y de grandeza
que con entonaciones
divinas, de misterio y de alegría
se escuchan de los campos en la ruta,
y es que el Amor de Dios con su batuta
dirige aquella hermosa sinfonía.

Sepamos sentir intensamente el amor de los paisajes, de los amaneceres, de los crepúsculos, de los árboles, de los fragantes verdores moteados de manzanillas, de las purezas saludables y ennoblecedoras. Sepamos besar como el beso fresco de las fuentes. Aprendamos a cantar como los grillos, como las malvices, como los jilgueros. Cantar y más cantar.

La Montaña dice Amor, dice Libertad, dice Alegría, dice Fraternidad.

Ondárroa, 13 de Junio de 1929.

SHANTI DE MEABE.

(Ilustraciones de Rentería).